

# El «se» del fracaso

**Eduardo Martínez**

Profesor de Filosofía de IES



Eduardo Martínez durante la celebración de las XIV Aulas de Verano del Instituto Emmanuel Mounier

**T**rataremos de investigar qué *se* entiende por fracaso en nuestro entorno socio-cultural. El significado más inmediato del «se» nos es evidente en expresiones como «se dice», «se piensa», «se hace». Es una realidad que tiene más fuerza de la que normalmente notamos. Es una actitud a la que nos incorporamos a menudo, consciente o inconscientemente.

Han sido muchos los pensadores que nos han informado de este «se» incluido en el título; principalmente los *existencialistas*. Ellos hablan de este «mundo del se» en términos muy negativos. El mundo del se sería simultáneamente un fundamento inevitable y un peligro para la existencia auténtica. La libertad, carácter más propio de la existencia humana, se ve constantemente enfrentada a la ironía de necesitar a lo otro para realizarse. Eso otro, ese *se*, es a un tiempo necesidad y peligro de inautenticidad («El infierno son los otros» dice Sartre).

Otros como Zubiri consideran de modo más equilibrado el asunto: él plantea que el ser humano es constitutivamente un ser abierto a una infinidad de posibilidades. No obstante su entorno cierra parcialmente esa infinidad ofreciéndole algunas posibilidades como ya queridas por la historia de esa comunidad. Así, el entorno sociocultural limita la apertura esencial de la persona, pero al hacerlo posibilita la vida humana. Este cierre de posibilidades, esta oferta concreta que se nos impone en mayor o menor medida (el sistema político se nos impone más que la moda) es el «se» que estamos rastreando.

Lo que el *se* consigue al trasfundirse por varias vías al individuo (sistema educativo, medios de comunicación, contexto social), es la *socialización* del mismo, su integración en los usos y costumbres de la colectividad así como su participación activa en su preservación. La *libertad* de la que indudablemente gozamos a la hora de dirigir nuestra vida a pesar de los condicionamientos inevitables, va en aumento desde la casi nulidad del niño hasta la madurez. Pero en ambos casos el suelo desde el que crecemos y del que nos nutrimos es necesariamente el mundo del se que nuestro entorno nos propone.

Sobre el tema que nos ocupa, el fracaso, el *se* también habla. Así, en nuestra sociedad, *se categorizan como fracasos* fenómenos tan diversos como el llamado «fracaso

## EL FRACASO

escolar», el paro, la caída de la bolsa, el déficit público, el no acceso al gobierno de un partido político, las drogas, la soledad... hasta que un deportista en general no responda a las expectativas (un alpinista no llega a la cumbre).

Antes de seguir adelante decir que obviamente no se puede hablar de *fracaso* sin hablar de *éxito*. El se nos informa de lo «deseable» en los diferentes ámbitos de la vida, siempre pretendiendo la preservación del proyecto social, su no consecución sería el fracaso. Las experiencias de fracaso y éxito dependen del *sistema de referencia*; es decir, de las coordenadas o ejes por los que se orienta y ordena una sociedad. El sistema de valores determinará qué se entienda por éxito y qué por fracaso.

Un concepto, el de fracaso también, posee una *denotación* que le pertenece esencialmente, y una connotación que depende del contexto. Antes de entrar a definir la esencia del fracaso empecemos comentando las connotaciones que posee en nuestro mundo. Diremos que nunca, en ningún lugar sonó bien lo de fracasar. Pero siendo esto verdad hay que matizar que nunca como hoy ha sido tan detestado el que fracasa. Mantenemos cierta conmiseración humanitaria más estética que ética, pero en el corazón de nuestro mundo late un calvinismo irrepresible: el neoliberalismo menoscaba las ideas de corresponsabilidad social y desigualdad de partida, achaca todo al individuo y su capacidad de acción.

Los geólogos, cuando quieren estudiar las características de un terreno muy amplio, practican unas perforaciones que llaman «testigos». Nosotros haremos lo mismo y por idénticas razones: estudiaremos tres ámbitos concretos: el educativo, el laboral y el socio-político.

### El fracaso educativo

En el ámbito educativo suele identificarse fracaso con *fracaso escolar*. Se entiende por tal la incapacidad del sistema para conseguir que los alumnos adquieran los contenidos y los procedimientos que los capaciten profesionalmente, y los valores que les confieran una participación responsable en la colectividad. La educación se entiende, genéricamente, como socialización (secundaria), como consecución de un socio activo e integrado en su vida profesional, familiar y ciudadana.

No nos interesa aquí dar respuestas al fracaso sino entender qué se entiende por tal para desvelar por su medio los referentes que guían nuestro mundo. Sí mencionaremos, sin embargo, un factor que el mismo sistema señala como posible motivo del fracaso escolar: la *incomparecencia de la familia* como educadora (socialización primaria). Según los expertos se echa en falta una

participación de la familia en el proceso socializador. Se barajan causas como la vida laboral de ambos padres, la falta de comunicación con los hijos, la ruptura familiar, o la inconsciencia —pura y simplemente— del papel tan relevante que la familia debe asumir en la educación.

Por otra parte, *el niño fracasando* escolarmente tiene varios rostros: el del conflictivo, el del desesperado, y el del trabajador incansable. Todos ellos comparten la percepción de que no llegan ni llegarán al éxito escolar. Algunos avizoran de lejos que eso les traerá perniciosas consecuencias en su vida posterior, lo cual no hace sino enconar su peculiar carácter de «perdedores» (conflicto, desesperación y stajanovismo). Lo que les diferencia es que mientras el primero descarga su violencia contra compañeros y profesores (alteración del orden en clase), contra la sociedad (bandas) y contra sí mismo (drogas); y el segundo asume una actitud pasiva y de refugio en entretenimientos como la televisión, internet, o los amigos sin más; el tercero se empeña más aún en alcanzar metas objetivamente fuera de su alcance (Ej: alumnos con una experiencia en Matemáticas nefasta desde la primaria deseando hacer bachilleratos científicos, y cursándolos por los huecos promocionales del sistema).

¿Qué ayudan a mostrar sobre el fracaso actitudes tan dispares? Precisamente los parámetros de éxito desde los que son requeridos los niños jóvenes, y las incoherencias que nuestra misma sociedad presenta. El triunfo social llega por la competitividad. Pero en el sistema educativo se les prepara desde unos parámetros bien distintos: cooperatividad, evaluación no traumática, positiva idea de sí mismos, etc. Para acabar la ensalada los medios de comunicación han implantado en sus conciencias que triunfar es alcanzar relevancia social, la cual da a su vez dinero, el cual da lo que se desee en el ámbito material (casi el único del que son conscientes). El arquetipo lo tenemos en el programa televisivo *Operación triunfo*.

### El ámbito laboral

Los parámetros fracaso-éxito están mejor definidos en el caso del mundo laboral. Esto ya es la selva sin los paliativos que algún tipo de pedagogía blanda todavía pugna por introducir en el sistema educativo. Aquí prima tanto estructural como personalmente la ley de la selva, el *darwinismo social*.

El neoliberalismo ha olvidado factores como la eficiencia social de las empresas (apoyo social a cambio de permanencia, modos de contratación y fruto social de la actividad) y las ha entregado a la lucha por la supervivencia. La palabra clave es *competitividad*. En ella tres factores son cruciales, disponibilidad de crédito, posibi-



La juventud

lidad de acceso a nuevas tecnologías, y política de personal. Una empresa está condenada al fracaso si uno de estos palos falla.

Desde el punto de vista personal el trabajador ha debido someterse en las dos últimas generaciones a una preparación muy diferente, y en algunos casos, hasta contradictoria. Los valores que prometían el éxito profesional en el pasado eran la profesionalidad, la especialización, la fidelidad a la empresa, lo cual era remunerado con un sueldo más o menos satisfactorio y una contratación indefinida. Hoy se propone, para evitar el fracaso laboral, el profesionalismo en una familia laboral (varios oficios de un campo), la formación permanente, la movilidad, la disposición a aceptar contratos temporales y a tiempo parcial.

Pero el trabajador medio sigue deseando lo de siempre: una retribución grande, una tarea no demasiado gravosa, y un modo de contratación a largo plazo. Si se consigue esto el europeo medio se considera un triunfador, si no es así, la relación con la ocupación laboral se convierte en un suplicio que causa patologías psicológicas diversas (v.g. depresión de los lunes). La *paradoja* aparece cuando los triunfadores deben hacer frente a fra-

casos en otras áreas de sus vidas (familia, vacío existencial), precisamente, debido a su entrega en el orbe laboral según las coordenadas que hoy marcan las empresas (flexibilidad, movilidad, temporalidad).

Hay aquí tres *rostros posibles del fracasado laboral*: el marginado social que no ha accedido a la formación suficiente y sólo alcanza a trabajar en empleos espúreos de modo discontinuo; el capacitado suficientemente pero que no ha logrado un trabajo a la altura de su preparación; el que ha logrado una posición laboral bien remunerada y satisfactoria, pero afronta fracasos (cara oculta del éxito: stress, interacción entre trabajo y vida personal).

Si en el caso educativo afirmábamos que la sociedad es consciente del fracaso de la escuela, no ocurre lo mismo en el ámbito laboral. Se entiende que el único modo de hacer empresa es el que hoy existe, y que el modo de abordar lo laboral desde el individuo es ajustarse a los valores del mercado. Los derrumbes personales y familiares no se interpretan como el fracaso del planteamiento de base en lo laboral, sino como una cuestión ajena al mismo. Lo cierto es que el sistema laboral y económico se sirve el fracaso de las personas que en él se integran,

## EL FRACASO

las utiliza hasta donde es posible y luego las abandona (mujeres hasta la maternidad, hombres hasta los 35 o menos). Otra *ironía*: el fracaso personal deviene éxito estructural.

### Fracaso sociopolítico

En el fondo, los criterios que hemos expuesto en los dos ámbitos anteriores siguen vigentes en el presente. Éxito tendrá que ver con competitividad, con relevancia social, con acumulación de dinero y poder, y fracaso será su antípoda. Esto es válido tanto si nos referimos a la vida personal social o a las iniciativas asociativas en que podamos pensar.

El primer ejemplo es el de un *partido político*: el español medio suele pensar en términos de voto útil cuando elige una opción electoral. Esto supone creer que el voto a formaciones que no tienen posibilidades reales de acceder al gobierno es inútil. Desde este punto de vista todos los partidos que no alcanzan gobierno fracasan cuando y donde sufren esta situación. La prueba de esta afirmación es el bipartidismo efectivo en el que vivimos. Cuando se dice que las clases medias son la puerta del poder político se tiene razón; y lo son porque son ellas las que no quieren que nada cambie radicalmente, y las que no quieren perder nunca. Dígase lo que se diga, al elector hispano medio no le gusta el desorden, le «mola» el partido bloque. Aquí no se entendería la libertad de voto que exhibieron los laboristas sobre el tema de la guerra (Blair casi pierde la votación sobre el envío de tropas). Aquí diríamos que eso es el fracaso de un partido. En un último nivel de acción política, la del gobierno, el fracaso es la no adaptación a las reglas del juego internacional sean éstas las que sean. El pragmatismo da éxito, el testimonialismo está condenado al fracaso. Es mejor ceder como gobierno a la desregulación laboral en aras de la competitividad universal que luchar por hacer prevalecer principios básicos del estado de derecho (igualdad ante la ley, garantía de servicios públicos gratuitos para todos...).

El segundo ejemplo es el de una *movilización ciudadana*: hemos vivido en los últimos años movilizaciones sociales sobre temas diversos; hemos tenido huelgas generales contra reformas del mercado laboral, manifestaciones contra E.T.A. y contra la guerra de Irak. Pues bien, todas, a pesar del apoyo mediático que algunas tuvieron, han dejado una sensación de fracaso. Esto se debe a que

no consiguieron, respectivamente, parar la desregulación laboral, hacer que E.T.A. detenga la violencia, o impedir la guerra.

El tercer ejemplo es el de *la persona en cuanto ciudadana*: hoy creemos que el éxito ciudadano nos ha sido dado ya por las generaciones precedentes en tanto en cuanto lograron traer a España un régimen democrático. Fracasar ciudadanamente sólo puede deberse a la omisión del voto cada cuatro años. Apurando el asunto, fracasa el ciudadano si no se persona en alguna manifestación de vez en cuando, o si no responde a las campañas de ayuda al desfavorecido que aparecen en los mass media. La realidad es que la ciudadanía se gana mediante la situación social que otorga el rol social que desempeñamos. Es decir, el dinero otorga poder y este acrecienta el peso de algunas ciudadanías. Hay en nuestras calles mucho súbdito resignado (el anticidadano) ante el fracaso del proyecto democrático.

Estos testigos que hemos extraído de nuestro entorno nos muestran rasgos de una realidad tan inadvertida como operante, y de su plano rector, a saber, los valores que guían la vida social y de los hábitos (¿virtudes o vicios?) que la vehiculan día a día.

Esto tiene que ver con una última característica del se que hemos dejado para el final: su *permeabilidad*. Somos seres sociales como bien dijo Aristóteles. Los existencialistas decían «somos lo que hacemos con lo que otros han hecho de nosotros». Zubiri hablaba del carácter constitutivo de la versión a los otros del ser humano sin el cual es imposible la humanización. Esta importante dependencia hace que el entorno sociocultural pertenezca al limbo del que emergen la conciencia y la identidad. Nunca sabemos del todo hasta qué punto hemos abandonado el mundo de las fantasías infantiles, y nunca conocemos perfectamente hasta qué punto sigue dependiendo nuestro criterio del influjo social inicial (familia, infancia, escuela, primeros amigos, primeros conflictos) o del posterior (cultura a la que se pertenece, sociedad con historia concreta, etc.). En nuestro mundo de posmodernidad hipertecnologizada la cosa se complica hasta el infinito: el bombardeo mediático es incesante y no hace falta que llegue a la subliminalidad para afectarnos decisivamente (consumo, voto, imaginario estético, valores, etc.). Es pues imprescindible una *atención militante* para no dejarse caer por la senda de la mera sociabilidad; ya que hemos nacido personas, es decir, seres cuya dignidad les otorga y exige protagonizar sus propias vidas.